

En este libro, creemos, el poeta se halla todavía en un momento de vacilación entre estos dos planos: la realidad americana y el reino de cielo, más puro acaso, que añora. ¿Hacia cuál dirigirá sus pasos en futuras obras?—FIDEL COLOMA GONZÁLEZ.

■

SOBRE UN NUEVO LIBRO DE JULIO SALCEDO

Con título que desgraciadamente se presta a fáciles chiri-gotas, acaba de aparecer un nuevo libro de Julio Salcedo, abogado y escritor porteño radicado ahora en Santiago. Siete son ya, con ésta, las obras —novelas, cuentos, ensayos— que ha entregado al comentario público. En todas se advierte algún avance con respecto a las anteriores del mismo género, lo que no deja de ser promisor para quien, como Salcedo, tiene aún muchos años para seguir en la brecha. La idea de que “la profesión de escritor es aventurada, más absorbente que cualquiera otra, solitaria, deshumanizadora y que tiene bien pocas esperanzas de una completa retribución” —como dice la novelista inglesa Elizabeth Bowen— no parece haber pasado nunca por la cabeza de Salcedo. Y es que Julio, como hombre integralmente sano, es también un optimista a prueba de toda contingencia, incluso la de críticas adversas. Al revés de Martínez Ruiz, el que llevara, allá en sus verdes años, un paraguas rojo como signo de rebeldía juvenil para vestir, en su grave ancianidad, de un negro luctuoso que parece hacer juego con la actual lobreguez de su alma, Salcedo adorna su espíritu de los más gayos colores. Es alegre, es —ya lo hemos dicho— optimista, es finalmente humorista, de un humorismo sonriente del tipo más latino. Con él, estamos seguros, que no ha de ocurrir lo que con Azorín —el Martínez Ruiz ya nombrado— que, al filo de los ochenta años, con montones de muy buenos libros a su haber y con la fama de ser el más grande estilista español actual, ha renunciado a la profesión de las letras por encontrarlas —dice— muy ardua, muy cansadora, muy

triste. Preguntado una vez V. S. Pritchett, por qué escribía, contestó que él no se preocupaba al hacerlo del lector, de la gente ni de la sociedad. Escribía para sí mismo, para su propio placer, para su amor propio, tratando —agregaba— “de acercarse a la perfección, aún sabiendo que ésta no se puede alcanzar nunca”. Tal es también, se nos ocurre, el motivo que induce a Salcedo a seguir con la pluma en la mano. O, el de *objetivar la futilidad*, que no es poca cosa, diría un maldiciente...

* * *

El órgano Julián Ramírez, título de su última novela, nos hace reflexionar, después de haberla leído y antes de emitir nuestra propia opinión, en las veleidades de la crítica. En efecto, tenemos a la vista tres impresiones acerca de este libro. Una —la de Eleazar Huerta— lo trata de “libro extraño y desigual, inclasificable en muchos aspectos”. “*El órgano Julián Ramírez* —añade— muestra el talento indiscutible del autor con defectos y excelencias pareados, inseparables”. “La lengua —sigue más adelante— es fácil, apta para decirlo todo; pero descuidada y carente de rigor”. Otro crítico afirma que “Julio Salcedo gusta de invenciones raras, de mezclas desconcertantes, de historias que dejan al lector muy pensativo, sin saber qué hacer”. Luis de Luigi, por su parte, que es quien presenta el libro, asegura que “cuando Salcedo narra lo hace escuetamente, con precisión, con tanta precisión que a veces, por paradójica, redundante casi en irrealidad”. Vemos aquí como la crítica zarandea a un autor tironeándole, aun con la mejor voluntad, de todos lados. ¿Cuál fué en realidad el objeto que se propuso Salcedo al escribir esta novela? Ya hemos dado para ello dos motivos: el de Pritchett y el del maldiciente. Pero puede haber muchos más. El que proporciona, por ejemplo, un autor famosísimo para justificar sus escritos diciendo que ellos se deben al extraño placer que le causa pensar en voz alta, gritando, a través de sus libros, lo que los demás apenas si se atreven a decirse silenciosamente. Y aquí se grita mu-

chas veces: contra los desvergonzados especuladores de loteos urbanos, contra el orden constitucional y hasta contra "el taita Dios". O, como piensa otro, a la necesidad que tenemos los escritores de desembarazar nuestro organismo psíquico —por el esfuerzo constante que significa escribir— de la terrible soledad que nos rodea. Pero volvamos al tema de que estamos tratando. Empezaremos diciendo que Salcedo no se preocupa, ni por un momento, de las famosas tres unidades que tanto inquietaron a los novelistas que, como Thomas Hardy, por ejemplo, fincaba su mayor orgullo en "la arquitectura" de su trabajo. Esta despreocupación que, por lo demás, es común en toda la novelística de los últimos años, permite a Salcedo dividir su libro en varios capítulos unidos por el solo nexo de dos personajes: el narrador y Pietro Lavancini. Tenemos así cinco capítulos que casi, casi se pueden leer separadamente. En el primero se explica en qué consiste el famoso órgano Julián Ramírez. Tras una lección acerca de la fisiología del oído, se llega a la conclusión de que todos debemos llevar en el cerebro un órgano "que permite a los seres racionales encontrar como lo más natural cuanto les acontece desde la cuna hasta el sepulcro". Se desarrolla el libro a continuación aplicando esta teoría. El terror del milenio, por ejemplo, no habría ocurrido sino porque en aquel tiempo generaciones enteras nacieron con el dichoso órgano descompuesto. En el segundo capítulo se asiste a una reunión en casa de un millonario sirio. Entre los invitados aparecen numerosas personas que, para quienes conocen siquiera una parte del *entourage* de Salcedo, tienen existencia real. Se trata, en consecuencia, de una novela de clave en que los personajes apenas si son ligeramente desfigurados. A los capítulos ya dichos sigue "Rosendo Contreras y el hijo de perra". "La casa de las arañas", para terminar el libro con "La niña que se pasó de la raya". Este último capítulo justifica su título con un breve relato: "El buen Dios había trazado una raya y había advertido a todas las niñas lindas de la tierra que ninguna podía sobrepasar ese límite de belleza porque los ángeles y los querubines no querían que ninguna criatura humana los igualara en hermosura". El capítu-

lo a que nos estamos refiriendo contiene "La tragedia de Dios", una especie de poema, que según se afirma en la misma novela es un nuevo Pentateuco.

El libro en general es ameno, cualidad que debe ser especialmente considerada en una novela. Y valiente en afirmaciones que habitualmente se callan. ¿Que tiene caídas, descuidos en el estilo? No hay duda de ello. Por ahí se dice: "cuando entré y vi ese extraño espectáculo, una ola de frío recorrió todo mi cuerpo y quise retroceder como una bestia espantada". Son dos lugares comunes en una sola frase. En *una frase que habría ganado siendo suprimida*. A este propósito, el maestro Graham Greene dice: "Mis personajes no deben ponerse "blancos como una sábana" o "temblar como una hoja", no porque esas expresiones sean abominables clichés, sino porque todo eso es inexacto". Lección que jamás debemos olvidar los que escribimos novelas. El libro, en general, sorprenderá, desagradará y exasperará a muchos y agradará a otros tantos. Nos place encontrarnos entre estos últimos. Y nos place también mucho la dedicatoria: "Para Julio Eduardo Ross Salcedo, que sabrá lo que no supe, que verá lo que no vi y de cuyos ojos —telescopios en el tiempo— me valdré para asomarme curioso en el fantástico mundo del año dos mil". Tiernas palabras de abuelo que encontrarán eco en todos los escritores que también lo sean.—VICTORIANO LILLO.

■

"GENTE DE MI TIEMPO", de *Luis Durand*. Editorial Nascimento.
1953. Santiago de Chile

He aquí el último libro de Luis Durand: un volumen de 227 páginas que constituye su decimoséptima obra. ¿Estamos ante unas memorias literarias? No. Aunque tiene bastante de ello; más bien se trata de una crónica hecha de pequeños trozos y atisbos, ora cromáticos, ora históricos, ora psicológicos, que caen y desfilan en